

## La Maldición del Escorpion de Jade ( 4 Estrellas )

Por el bien de la pluma de quién les escribe y por los jefes que aún la aprecian, es justo comenzar estas líneas precisando que para las cuestiones realmente graves del mundo, la exigencia de la justicia es, no solo loable sino obligada y exigible. No será este humilde crítico de cine quién sostenga la bandera de la insensatez frivolizando sobre la justicia en el mundo por lo que sirva este primer párrafo de solidaridad y apoyo a todas aquellas personas e instituciones que luchan día tras día bajo el nombre y la bandera de la justicia y la solidaridad.

Ahora bien, grabado las líneas anteriores a fuego y verdad, déjenme confesarles que si el mundo fuera un lugar justo, posiblemente sería, entre otras muchas cosas, un lugar increíblemente aburrido. Convendrán conmigo en que el grado de justicia en el que nos movemos hoy en día en nuestra sociedad es parejo al grado de sensatez y buen juicio del que hace gala un espectador cuando paga sus buenos euros por ver a Jean Claude Van Damme en una sala de cine. Se que en algún momento algún matemático inventará algún número que simbolice la nada absoluta, pero hasta que ocurra, creo que el anterior es un buen y cinéfilo símil.

Aún así, y mientras todos los fans del bueno de “Jean Claude” sienten el odio crecer en su interior, permítanme explicar la razón por la que han podido leer lo que mi pluma les ha confesado entre blanco y negro. No, este crítico no está atravesando ninguna etapa “mística” ni ha decidido seguir los pasos de actores y actrices que han encontrado el camino de la salvación. Si les soy sincero, me conformaría con encontrar el camino de vuelta desde El Corte Inglés al lugar donde aparqué el coche minutos antes, por lo que no aspiro a hallar caminos más trascendentes. No, la razón por la que he comenzado estas líneas de esta manera es mucho más mundana y, si me apuran, frívola....

Y es que si el mundo fuera un lugar justo, esta crítica no existiría pues Woody Allen no soportaría bajo sus quebradizos hombros la mayor cantidad de prejuicios y etiquetas que puede encontrarse en el cine actual por lo que yo no me vería obligado a comenzar esta crítica haciendo de abogado defensor del genial director americano. Es decir, ahora mismo, en lugar de compartir este rato con ustedes, estaría aburrido, pensando en los buenos tiempos donde la injusticia dejaba margen para críticas como esta... menos mal, menos mal que Van Damme existe y el mundo, en este caso, sigue siendo un lugar tremendamente injusto...

Veamos, ayúdeme, haga memoria e intente recordar la cantidad de veces que ha escuchado en su propia voz o en la de sus conocidos las siguientes frases: “¿Woody Allen? Siempre hace lo mismo” “Hace años que no inventa nada” “Son todas iguales” “Me pone de los nervios” “Siempre son los mismos chistes” “En Estados Unidos no le entienden pero en Europa si” “ Se casó con su propia hija” “Toca el clarinete pero lo hace muy mal”...etc etc etc Estas son solo algunas perlas pero estoy seguro de que si nos pusiéramos, y con la remuneración suficiente por parte de nuestros jefes, podríamos perder el tiempo inventando cien más.

Si el mundo fuera justo, la gente jamás etiquetaría el talento, jamás intentaría menospreciarlo o reducirlo a simples caricaturas cuando de cine se habla. Desde Cary Grant, a Marilyn Monroe, pasando por Cameron Diaz o Tom Cruise y Jim Carrey, ustedes y yo, la gente de a pie, nos hemos pasado las horas muertas poniendo etiquetas a

los actores, confundiendo estilo e identidad propia con limitaciones y olvidando que para hacer lo que John Wayne hacía, eran necesarias al menos dos cosas: talento y...ser John Wayne. Si fuera sencillo hacer lo que hace Woody Allen, si fuera tan simple como coger Nueva York, colocar un psiquiatra o dos, elegir un actor nervioso y un par de chistes, el mundo del cine estaría lleno de Woody Allen, o de Tom Cruise, o de Jim Carrey...y no existen...¿la razón?...talento, talento para destacar, para crear estilo, para mostrar al espectador un sello propio...y eso, y eso es tremendamente difícil. Así que, al menos durante esta crítica, olvídense de sus prejuicios, olvídense de todo, y simplemente decidan si les apetece o no, ver “La Maldición del Escorpión de Jade”.

Habitualmente, llegados a este punto, trato de recorrer brevemente la vida cinematográfica del director responsable de la película cuyo título encabeza esta crítica. Sin embargo, por respeto a su tiempo y a la tinta de mi pluma (sería mas sencillo citar la lista de los Reyes Godos que la lista de películas de este prolífico director), me limitaré a indicarles que a juicio de este humilde escritor, Allen está, por méritos propios, a la altura de los grandes directores de la historia del cine. Lo está por su talento, porque ha sido capaz de crear un estilo propio, suyo, personal, por su capacidad para hacer reír y para hacer llorar...y a esto, para fortuna de sus seguidores, se le une su enorme y continua producción de películas. Una al año, como las uvas, como la navidad o como las vacaciones de verano. Sí, una tradición, una bendita tradición para los que hemos crecido disfrutando de las genialidades del “mediano” director americano.

Este hecho, sin duda inusual (permítanme un segundo de homenaje al jinete Clint, otro habitual de cada nuevo año ciénfilo), supone, a mi juicio, la gran ventaja y al mismo tiempo handicap (munición para los detractores) de este director y de esta crítica. Todos conocemos a Woody Allen, todos tenemos la oportunidad de ver una vez al año su nueva obra. Quién acuda rigurosamente a cada estreno, está de sobra en estas líneas, y quién no lo haya hecho en años, se encuentra igualmente dispensado de seguir leyendo. Lo mismo ocurre con las películas de Allen, sobre todo las de la última etapa. Su continuidad, su proliferación, las asemeja tanto (las hace tan habituales) que quién disfrute con Woody marcará en rojo festivo al menos un día cada año cinéfilo. Sin embargo, quién no esté en la misma “onda” que Allen, ya sabe qué día puede ahorrarse unos euros en el cine.

En este sentido, “La Maldición...” se encuentra en la misma línea de películas nacidas bajo el manto de Spielberg y su DreamWorks. Tras años de dificultades de financiación, el director se vio obligado a adoptar una línea más comercial, más “popular” al firmar por un gran estudio, y aún hoy es evidente que se aprecia una “apertura” en forma de comedia hacia el gran público, alejándose poco a poco de su perpetuo psicoanálisis. Sus películas, a día de hoy, están situadas entre la desbordante desvergüenza de sus primeras comedias y el drama social y sentimental de algunas de sus más grandes obras maestras. Hay un poco de todo, un gran “cóctel” de Allen que repito, atrae y repele por igual.

Apoyado (como es habitual) en una excelente elección del reparto del cual destaca una espectacular (como siempre por otro lado) Helen Hunt, como contrapunto del director/actor. El guión (verdadero secreto de las películas de Allen) es una auténtica joya, un homenaje al absurdo, al cine negro y sus fascinantes diálogos imposibles..pero siempre, siempre con el toque de Woody Allen. Su tartamudeo (un diez para el doblador) sus gestos, su manera de andar y de señalar, se mueven como pez en el agua entre los ricos personajes de la película, creando todo un mundo imposible, apoyado en

una historia imposible y sin embargo cautivadora, llena de humor, que no “chirria” por ningún lado y en la que no se aprecia ninguna costura ni agujero en el guión.

A juicio de la misma pluma que me acompaña a cada estreno, nos encontramos ante la mejor película de Allen de esta última etapa “DreamWorks”, si bien es cierto que uno aún siente añoranza por las “gamberradas” cinematográficas tipo “Toma el dinero y Corre” lo cual podría explicar que la comedia más “comedia” de los últimos films de Allen sea la preferida por este crítico.

Una vez Allen confesó, en una de sus muchas frases geniales, que le gustaría reencarnarse en “las yemas de los dedos de Warren Beaty”. Si a este humilde escritor le dieran la oportunidad de morir y regresar a la tierra, dudaría mucho entre elegir un personaje de Woody Allen como reencarnación o, para no variar mucho la frase podría pedir volver a la vida como “folio en blanco en la mesa de Woody Allen”. Alguien dijo una vez que hay guionistas que deberían plantar un árbol cada vez que garabatearan el último folio de su nuevo guión. Este gesto serviría, añadió ese alguien, como homenaje a la muerte más inútil que jamás tuvo un árbol. Encontrando guiones, diálogos y situaciones como las que pueden hallarse en “La Maldición del escorpión de Jade” uno no está seguro de que no sean los mismos árboles los que se suicidan para servir de papel a las genialidades de Woody Allen.

En definitiva, tiene mi permiso para olvidar esta crítica. En el fondo, está es una de esas películas en las que poco importan lo que le digan o escriban a uno, pues uno mismo sabe desde el preciso instante en que oyó el título por primera vez, si la verá o no. Pero por si sirve de algo, aquí les dejó mi recomendación: véanla, véanla y pasen un buen rato, un rato agradable, entretenido...un rato con Woody. Larga vida al humor.

Lo Mejor: Que le guste Woody Allen. Helen Hunt y los diálogos de toda la película. El absurdo y el humor que respira todo el guión. La mejor película de los últimos años de Allen. Que cada año encontremos al menos una razón para ir al cine.

Lo Peor. Que no le guste Woody Allen. Que no le haga reír este tipo de humor, basado en los diálogos. Que sea fan de las películas de Van Damme y haga unos cuantos párrafos que imagina maneras en las que matar a este crítico.

El Crítico Cítrico.